CAPÍTULO XLI. *De cómo el emperador Nopaltzin fue contra la provincia de Tolantzinco que estaba rebelada contra el imperio; y de cómo la venció y redujo a su obediencia*

AS COSAS DE MAL y relajación, que en sus pequeños principios no se remedian, suelen llegar a tan crecidos y pujantes fines, que cuando se los quiere dar remedio, no le hay que valga; y ya entonces el mejor y que con más cuidado se busca, parece peor y para su destruición y ruina, es llevarle a sangre y fuego. Pruébase esta verdad en esta república aculhua y chichimeca que habiéndose tratado dulce y amigablemente muchos años después de haberse juntado y hecho uno estos dos pueblos, a los fines del emperador Xolotl, o ya por su mucha vejez (por cuya causa no hacían caso de él los más fuertes) o ya porque por aquellos que como a hijos no castigó algunas demasías en que les halló notados y comprehendidos, comenzaron a descomedirse y a perder el respeto, no sólo a sus iguales, sino también a sus mayores. Y pues es común decir que quien adelante no mira, atrás se halla; no hay que maravillar que Nopaltzin ya viva inquieto y sin reposo, pues en tiempo de su padre no dio muerte a los que se le descomedieron, para que en ella escarmentasen los que ahora tratan de negarle la obediencia y matarle, como cruel y tirano.

Fue pues el caso que los tulantzincas (gente de una gran provincia, que le cae a la de Mexico diez y ocho leguas al norte) no pudiendo llevar con su altiva y ambiciosa condición, verse sujetos al emperador y queriendo substraerse de su obediencia, apellidaron nuevo rey, de los mismos suyos, jurando obedecerle y negar el nombre del que legítimamente lo era. Vino esta nueva a las orejas de Nopaltzin y sintiéndola mucho hizo junta de sus gentes y con ejército copioso fue contra ellos. Los tulantzincas, que supieron su venida (que no estaban descuidados en esperarla, por ser condición y propiedad del que hace mal, vivir con recato), formaron su escuadrón y hecha toda la provincia una piña, aguardaron con ánimo valeroso a que el enemigo llegase; pero como aun para sacar un muerto de su casa son menester cuatro hombres, así es cosa muy difícil echar al vivo que se defiende. Comenzó la guerra Nopaltzin en la cual supo de todo, porque unas veces se hallaba vencedor y otras vencido; y duró el combatirse y hacerse mal los unos a los otros, diez y nueve días; que no poco sentimiento y aun vergüenza tenía el emperador, de detenerse tanto en castigar aquella ofensa y sujetar a sus vasallos.

Dicen las historias que para esta guerra, que Nopaltzin tuvo, no llevó mucha gente en su ejército, por razón de que su hijo Tlotzin, rey de Tetzcuco, había llevado consigo a otra pacificación, la más gente y más lucidos capitanes del imperio con que el emperador, su padre, le ayudó, para que saliese con victoria; pero sabiendo en el peligro que estaba y la necesidad que tenía, le envió socorro de ella muy bastante, con el cual y la gente que le había quedado y su ánimo invencible, los venció; y castigando a los más

culpados y disipando las cabezas del motín, perdonó a los demás y dejólos a su obediencia y voluntad, como antes lo habían estado; y volvióse a su casa muy glorioso de haber salido bien, con semejante empresa. La causa de ir en persona fue por razón de que la gente de aquella provincia era muy belicosa, entre los cuales había muy famosos y valientes capitanes, cuya fuerza y brío, pedía, no menos que la presencia de un emperador, tan valeroso como era Nopaltzin.

En este tiempo castigó otros señores que se comenzaban a motinar, tomando motivo de los tulantzincas, y con el castigo que hizo en éstos y perdón en otros, pacificó su tierra y la rigió y gobernó treinta y dos años, con nombre de gran capitán y famoso guerrero y príncipe prudente y sabio. En el discurso de estos años hizo señores titulares a muchos de los de su corte y reino, mostrándose muy generoso en mercedes que hacía; y dos o tres años antes de su muerte, hizo señor de vasallos a un hijo bastardo que tuvo, llamado Tenancacaltzin, que fue el que hizo después guerra a los mexicanos, luego que llegaron y los tuvo arrinconados en Chapultepec muchos días, como en su lugar se dirá.

CAPÍTULO XLII. *De cómo el uso de el maíz y sus sementeras fue hallado, y de otras plantas*

A HEMOS DICHO en los capítulos pasados de este libro cómo los tultecas, que habían quedado por estas riberas de la laguna, aunque pocos en número, dieron razón a los que de nuevo vinieron de su destruición y ruina y de otras muchas cosas que les fue preguntado y del modo que tenían en sembrar el pan y beneficiarle, para su mantenimiento (que ahora llamamos maíz) lo cual todo les había faltado por las muchas y continuas secas que habían tenido, que (casi) fueron la mayor causa de su destruición y arruinamientos; y ya no usaban de él por razón de que como los tultecas eran tan pocos, no curaban de cansarse en sembrarlo y cultivarlo con recelo y miedo de que los chichimecas, no los tratasen mal por ello. Tampoco hicieron caso de él los dichos chichimecas por razón de que los señores y reyes tenían bosques de conejos y venados, donde tenían la carne segura, y los plebeyos y macehuales los buscaban y cazaban por los campos y con esto se sustentaban y mantenían sin otro género de sustento que hubiese de costalles trabajo de sembrarlo, por no haberse criado con el uso de ello. Y esto corrió algunos años hasta el tiempo de este emperador Nopaltzin, en el cual Xiuhtlato, señor de Quauhtepec, uno de los descendientes de los antiguos tultecas, teniendo noticia de sus antepasados, de cómo era su pan y que con él se criaban y vivían, guardó en su niñez unos pocos granos, los cuales fue sembrando y como iban creciendo y multiplicando, iba repartiendo por los de su nación y casta y de esta suerte volvió a crecer y multiplicarse esta planta y a cundir por toda la tierra. Y